



LA LARGA NOCHE

MUJERES EN EL
PRESIDIO POLITICO
CUBANO

Por DORA AMADOR
Redactora de El Nuevo Herald

Los recuerdos son como cuchillos. Lo que se vio y se vivió allí adentro no se puede olvidar. Está presente, como el peso de una piedra en el pecho o como una herida.

Con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada o súbitamente baja, como si dijeran en susurro un secreto que no deben revelar, las ex presas políticas cubanas cuentan su historia. Es una historia de horror e infamia, pero de gran estereza espiritual.

El presidio político de mujeres en Cuba ha sido comúnmente ignorado en el exilio. "Creo que es un ensañamiento. Allá en Cuba y aquí", dice un hombre muy ligado a los asuntos cubanos que trabajó durante 20 años en el Comité Internacional de Rescate en Nueva York, Madrid y Puerto Rico, pero que prefiere mantenerse en el anonimato. "Allá porque se ensañan más. Es un odio bestial en contra de la mujer, aquí porque no se le presta la atención que

merece el caso, que es una de las cosas más graves".

"Conoció las condiciones de las presas políticas y eran realmente difíciles", afirma Hiram Abt Cobas, secretario general del Partido Pro Derechos Humanos de Cuba, quien estuvo 16 meses en prisión y llegó a Miami en febrero. "Incluso eran más difíciles que las nuestras, porque estaban directamente con las presas comunes".

Las cárceles de mujeres conocidas oficialmente son el Reclusorio Nacional de Mujeres en Guanajay, el Castillo de San Severino en Matanzas (donde hay también hombres), el Vivac de Guanabacoa y el de Santiago de Cuba, la Granj América Libre, el Centro de Reeducación para Mujeres de Occidente renombrado Nuevo Amanecer — que las presas llaman Manto Negro porque se rumora que fue construida sobre un cementerio. Pero en Cuba hay un número indeterminado de granjas y lugares de trabajo forzado a donde llevan presas cuyo delito tiene

Fotografía diseñada por NURI DUCASSI/El Nuevo Herald

VEA LARGA NOCHE, 40

El 'living will': un no a la vida artificial

Por MARGARITA FICHTNER
Redactora de El Nuevo Herald

Jacqueline Sherman ha contemplado cómo su madre primero y luego su hermanita libraron vanas y dolorosas batallas con enfermedades mortales.

"Fue algo duro y terrible para la familia" dice Sherman. "Y yo decidí no dejar que mis hijos pasaran por eso conmigo".

Hace dos años, Sherman, que a los 75 años todavía trabajaba como especialista en medios de comunicación en la escuela pública Sunset High en el suroeste de Dade, le pidió a su abogado que preparara un *living will* (documento por el que una persona autoriza a que su vida no sea prolongada artificialmente).

"Simplemente dice que si llego a un punto en el que ya no puedo sobrevivir sin medios artificiales, los doctores tienen mi permiso para dejarme morir con dignidad", dijo ella. "Después se lo

Los estadounidenses han comenzado a hacer esfuerzos para predeterminar los límites del tratamiento médico al que pueden tener que enfrentarse.

dije a mis hijos. Cada uno de ellos tiene una copia. Ellos saben cómo me sentí con respecto a mi madre y mi hermana, y sencillamente me decidí".

Sherman no está sola. A partir del caso de Nancy Cruzan —la joven de Missouri por la que sus padres sostuvieron un proceso legal para librarla del estado vegetativo irreversible en el que se encontraba, y que ocupó titulares sin paralelo desde el incidente de Karen Ann Quinlan en su largo viaje de una década hacia la muerte, en los 70 y los 80— los estadounidenses han comenzado a hacer esfuerzos para predeterminar y definir los límites del tratamiento

médico al que pueden tener que enfrentarse.

"He descubierto que incluso personas que sólo vienen para los impuestos, empiezan a hablar acerca del *living will*", dijo Barbara J. Raskin de South Miami, contadora pública certificada que dictó el suyo hace años. "Hace poco que dos parejas me preguntaron mi opinión acerca de esto, y yo les dije que era como la sopa de pollo. No puede hacerles daño".

Aunque los cálculos dicen que quiza sólo el 15 por ciento de la población de

VEA 'LIVING WILL', 120

La Reina del Carnaval: de fiesta y muy feliz

Por PAGUITA MADARIAGA
Especial para El Nuevo Herald

Los café oscuro, pelo castaño claro, 21 años. La voz clara y una risa de cascabel. Es Kathleen Melo, la Reina del Carnaval 91.

Llena de entusiasmo, asegura que está pasando por uno de los momentos más encantadores de su vida. "Desde el día en que gané estoy como en una nube. Nunca olvidaré este reinado", dice.

A partir del 8 de febrero, cuando fue elegida, su existencia se ha convertido en un torbellino de bailes, fiestas, peluqueros, maquillaje, pruebas de vestido y entrevistas publicitarias. "Estoy feliz. ¿A qué muchacha no le gusta que

la admiren?", exclama.

Melo estudia Comunicaciones y Arte en la Universidad de St. Thomas y ya ha recibido un diploma en Bellas Artes. Terminará sus estudios en mayo y quisiera, dice, trabajar en publicidad. "Ya fui interna en una agencia y me gustó. En la publicidad puedo usar mi creatividad y acercarme a la gente a través de ese medio", lo cual le fascina, porque admite ser una extrovertida.

"Si, siempre estoy contenta y riéndome", afirma. "Me simpática comunicarme con otras personas, pero también me gustan los trabajos humanitarios. He sido voluntaria de la Cruz Roja, de Kids in Distress y

VEA REINA, 180

